

ha concluido con ella para siempre. Ha concluido también con la revelación; la revelación se va con los testigos que la certifican, se va con las profecías y los libros sagrados, declarados error. Esto es lo que ha hecho la Asamblea nacional, al eman-

cipar á los Judíos del yugo de la intolerancia cristiana. No es en vanas profecías ni en vanas Escrituras en donde se encuentra la palabra de Dios; la voz de la humanidad, la voz de los pueblos, esa es la voz de Dios.

CAPÍTULO II.

SECULARIZACION DE LA RELIGION.

§ I.—La Revolucion y la religion.

N.º 1.— *La Asamblea constituyente.*

La libertad religiosa implica la separación de la religion y del Estado, en el sentido de que ya no hay religion dominante. Pero, de que todos los cultos sean libres, no se deduce necesariamente que el Estado no pueda intervenir en ninguna religion, que deba permanecer extraño á todo culto. Hoy se reclama la separación completa de la religion y del Estado; los partidarios de la democracia pretenden que la Convencion inauguró ese sistema, y que la constitucion del año III le consagró. Conviene restablecer la realidad de los hechos. Es muy cierto que el principio de la libertad religiosa, proclamado por la Asamblea nacional, no nos da la última palabra de la Revolucion. Para comprender las diversas fases de la era revolucionaria en sus relaciones con la religion, no hay que perder de vista que la Revolucion procede de la filosofía del siglo XVIII, y que la filosofía fué hostil, no solamente al catolicismo, sino tambien al cristianismo y á toda religion revelada. Los historiadores de esta época memorable no han hecho resaltar esas tendencias religiosas; cuando se les lee, creeriase que la Revolucion fué exclusi-

vamente política, y que los debates religiosos no fueron más que un accidente provocado imprudentemente por el decreto sobre la constitucion civil del clero. Esto es dar de la Revolucion una idea falsa, porque es incompleta. Se hubiera necesitado un milagro para que la Revolucion francesa permaneciese extraña á la religion. La filosofía, en que se inspiró, era mucho más un movimiento religioso que político. ¡Y se quiere que los discípulos de Voltaire y de Rousseau hayan permanecido indiferentes á cuestiones que tanto habian preocupado á sus maestros!

La oposicion del siglo XVIII contra el catolicismo era un verdadero odio. Voltaire se habia dado á sí mismo la mision de *aplantar la infame*; hemos dicho en otra parte que la hostilidad de los libres pensadores se hizo cada vez más apasionada á medida que se aproxima el 89 (1). No se queria nada ménos que la destrucción del cristianismo, y se creia que se acercaba el tiempo en que esta obra

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

sería cosa fácil. Los filósofos se hacían ilusiones; la decadencia de las antiguas religiones era evidente, pero de esto á su próximo fin había mucha distancia. Se equivocaron principalmente respecto al carácter de la revolución que debía consumir la ruina del cristianismo. Como los pueblos continuaban unidos á sus creencias supersticiosas, los filósofos se dirigieron á los príncipes; no veían que el poder de los reyes se iba lo mismo que el de los sacerdotes, y que, en caso necesario, el poder real se uniría con el sacerdocio para salvar el edificio del pasado. La Revolución se hizo por el pueblo y no por los reyes. Esto destruyó todas las previsiones; y ¿no iba esto á trastornar todos los cálculos? Un escritor, católico á la vez que revolucionario, decía en 1789 que la Francia era católica hasta la médula de los huesos (1). ¿Acaso una nación católica podía destruir el catolicismo?

Que las capas inferiores de la sociedad fuesen católicas, principalmente en los campos, lo creemos desde luego. Pero no fué de ahí de donde partió la Revolución. Fueron los tres órdenes los que eligieron los diputados de los estados generales. Dejamos al clero aparte; por degenerado, por incrédulo que se le suponga, no podía suicidarse; además, la incredulidad no se apoderó más que de los altos prelados, los verdaderos trabajadores continuaron siendo creyentes. Los nobles estaban profundamente imbuidos de las doctrinas filosóficas de su siglo; pero, por motivos políticos que todos saben, hicieron causa común con el clero. Quedaba el tercer estado. No era todo él volteriano; el jansenismo tuvo representantes convictos en la Asamblea nacional. Los incrédulos propiamente dichos se hallaban, pues, en minoría. Esto explica los miramientos que los libres pensadores guardaron en la expresión de su pensamiento; esto explica también las medidas á medias, las vacilaciones, las transacciones de esta ilustre asamblea. Dios no estaba en sazón, como decía Camilo Desmoulins; era preciso contar con él.

¿Quiere esto decir que la Asamblea constituyente fuese religiosa, ó á lo ménos, favorable al cristianismo? Un escritor demócrata lo dice; pero hay que desconfiar de los demócratas casi tanto

(1) El abad FAUCHET, *la Religión nacional*, p. 11: «Desde hace quince siglos, la religión católica es nacional en Francia. No sería tan fácil como algunos piensan el conducir á la nación francesa á un gran cambio legal en religión.»

como de los católicos; escriben la historia bajo un prisma que cambia la realidad y la transforma según sus deseos. No podemos explicarnos sino es por esta ilusión lo que Mr. Quinet dice de la Asamblea nacional. Según él, era demasiado creyente para tratar ligeramente de la fe del pasado; pretendía que el entusiasmo daba á Mirabeau el acento religioso; después exclama con el ilustre orador: «La Francia enseñará á las naciones que el Evangelio y la libertad son la base inseparable de la verdadera legislación y el fundamento eterno del estado más perfecto del género humano;», y añade «que, desde el juramento del Juego de pelota, la filosofía se hizo ante todo religiosa», (1). Vamos á poner los hechos en el lugar de esta historia de fantasía.

Oigamos á los contemporáneos, aquellos que más apegados estaban á la religión del pasado. Un ortodoxo á la antigua tomó á su cargo la defensa del catolicismo tradicional contra el clero que se había unido á la Revolución, y defendió su causa con talento. Léese en la *cuarta carta á los ministros de la ex-Iglesia constitucional*: «Se sabe que los que conducían la primera asamblea, los Mirabeau, los Dupont, los Chapelier, los Barnave, eran incrédulos que tenían contra la religión un odio muy profundo. Se tomó la decisión de abolir la religión en Francia. De aquí esos decretos que despojan al clero de sus bienes, que destruyen las corporaciones religiosas, los monasterios, los capítulos, y que arrebatan á la Iglesia su título de religión nacional, bajo el pretexto *necciamente hipócrita* de que es por respeto á la religión... La palabra es dura, pero es verdadera. Cuando Mirabeau fingía profundo respeto por la religión del pueblo, no decía su pensamiento. Se le atribuía una palabra que recuerda la de Voltaire: era preciso, decía, descatalogar la Francia. Que haya ó no pronunciado esas palabras, expresan ciertamente las intenciones de todos los que estaban unidos al siglo XVIII; y ¿quién no había sentido su influencia?»

Conviene ante todo comprobar cuál era la opinión pública, es decir, la opinión de las clases que hicieron la Revolución. Aunque no tuviéramos testimonios, podríamos afirmar que eran hostiles al catolicismo, porque no podía ser de otro modo á

(1) QUINET, *El Cristianismo y la Revolución francesa*, páginas 335, 336.

fin de un siglo cuyo dios era Voltaire. Pero los testimonios abundan, y no elegimos los que emanan de enemigos de la religión cristiana. Léese en el *Tratado sobre el estado de los religiosos* (1), que no tan sólo se manifestaba indiferencia hacia la religión, sino también desprecio, y cosa peor todavía: «Se tiene, dice, verdadero odio á la religión católica que se la disfraza en religión tiránica y ambiciosa. Todo le es preferible, según nuestros pretendidos sabios, hasta las extravagancias de la idolatría, los delirios del mahometismo, porque se imagina que todo eso se conciliaría mejor con la libertad de que hacen su idolo.» ¿Es cierto que se disfrazaba al catolicismo al llamarlo hostil á la Revolución? En el momento mismo en que el escritor francés se quejaba de la injusticia de esta oposición apasionada contra la religión católica, el papa celebraba un consistorio en el cual habló largamente de los males que afligían á Francia. ¿Qué dice de los principios del 89? Dice á los cardenales «que los Franceses se han dejado seducir por una vana apariencia de libertad, para hacerse los esclavos de una asamblea de filósofos, olvidando que los pueblos más felices son los que obedecen á sus reyes.» ¿Qué es en esencia la Revolución? La libertad de pensar. Y ¿qué dice el vicario infalible de Dios de esta libertad? Que es un *derecho monstruoso é insensato* (2).

¿Puede causar extrañeza que el odio aumentase? En 1792 apareció un escrito titulado: *Conjuración contra la religión católica y los soberanos*, por el autor del *Velo levantado*; en él se lee: «Nunca ha tenido la Iglesia de Jesucristo tantos enemigos que combatir á la vez. Parece como que todo el infierno se ha desencadenado para arruinarla.» Haciendo constar esos furiosos ataques, el autor se esfuerza en probar que serán vanos: «Es una empresa más loca, dice, que la de los Titanes contra el cielo, y superior á las fuerzas reunidas de todos los sitiadores.» Efectivamente eran Titanes los que asediaban al cristianismo tradicional. ¿Es cierto que el Júpiter católico les lanza sus rayos y los destruye? ¡Ay! los rayos del soberano pontífice fueron aún más vanos que los de Júpiter; sus bulas sirvieron de diversión á los pilluelos de París.

(1) Publicado en 1790, p. 7.

(2) THEINER, *Documentos inéditos respecto á los asuntos religiosos de Francia*, t. 1, p. 2 y 37.

El autor del *Velo levantado* no es feliz en sus profecías. La emprende contra los filósofos por la violencia de las pasiones anticristianas, y tiene razón: «Rugen, dice, contra los libros sagrados, sin poder arrebatar á la Iglesia este depósito sagrado. ¿Qué ha resultado de este trabajo? Nada sino que han puesto en evidencia su odio contra la religión cristiana y la impotencia de sus esfuerzos.» Mientras que el escritor católico cantaba victoria, los legisladores revolucionarios demolian la revelación. Se ha tratado de levantar las ruinas, pero esos mismos que intentaban esta obra imposible no se atreven á reconstituir el pasado; ¿qué digo? lo rechazan: tan cierto es que el muerto está bien muerto. ¿Serán los Titanes del 92 los que le han dado el golpe de gracia?

Si el autor del *Velo levantado* hubiera estado tan tranquilo como dice respecto del resultado de la lucha, ¿hubiera lanzado un grito de alarma y llamado á todos los soberanos en apoyo del catolicismo? Una cosa cierta hay, que veía bien el peligro y apreciaba mejor las tendencias de la Revolución que los historiadores modernos: «Los filósofos, dice, quieren abolir la religión cristiana, no tan sólo en Francia, sino en la Europa entera y en el universo.» Nada más cierto y nada más lógico. El autor tiene también razón cuando añade «que á la religión cristiana es únicamente á quien odian, que para destruirla trastornan la Francia.» No es que se satisficieran con esas ruinas; si hacían una guerra á muerte al cristianismo, era más bien como medio que como fin. Nuestro celoso católico mismo lo comprueba. La gran censura que los filósofos y los revolucionarios hacían á la religión cristiana «era que no podía conformarse con la constitución;» hé aquí por qué «el nombre de Jesucristo les era tan odioso como el del rey.» Ciertamente hacían mal en tomarla con Jesucristo. Pero ¿de quién era la culpa sino de aquellos que habían desfigurado y alterado la religión de Cristo hasta el punto de que nadie la conociera? Por otra parte, había en esas vivas aspiraciones del porvenir, en esta reprobación apasionada del pasado, un sentimiento muy justo. La religión del porvenir no puede ser la de hace diez y ocho siglos; si debe guiar á la humanidad, debe también salir de sus entrañas. Los filósofos y los revolucionarios hacían, pues, muy bien queriendo, como dice nuestro autor, «que el pueblo francés concentrarse en sus ma-

sería cosa fácil. Los filósofos se hacían ilusiones; la decadencia de las antiguas religiones era evidente, pero de esto á su próximo fin había mucha distancia. Se equivocaron principalmente respecto al carácter de la revolución que debía consumir la ruina del cristianismo. Como los pueblos continuaban unidos á sus creencias supersticiosas, los filósofos se dirigieron á los príncipes; no veían que el poder de los reyes se iba lo mismo que el de los sacerdotes, y que, en caso necesario, el poder real se uniría con el sacerdocio para salvar el edificio del pasado. La Revolución se hizo por el pueblo y no por los reyes. Esto destruyó todas las previsiones; y ¿no iba esto á trastornar todos los cálculos? Un escritor, católico á la vez que revolucionario, decía en 1789 que la Francia era católica hasta la médula de los huesos (1). ¿Acaso una nación católica podía destruir el catolicismo?

Que las capas inferiores de la sociedad fuesen católicas, principalmente en los campos, lo creemos desde luego. Pero no fué de ahí de donde partió la Revolución. Fueron los tres órdenes los que eligieron los diputados de los estados generales. Dejamos al clero aparte; por degenerado, por incrédulo que se le suponga, no podía suicidarse; además, la incredulidad no se apoderó más que de los altos prelados, los verdaderos trabajadores continuaron siendo creyentes. Los nobles estaban profundamente imbuidos de las doctrinas filosóficas de su siglo; pero, por motivos políticos que todos saben, hicieron causa común con el clero. Quedaba el tercer estado. No era todo él volteriano; el jansenismo tuvo representantes convictos en la Asamblea nacional. Los incrédulos propiamente dichos se hallaban, pues, en minoría. Esto explica los miramientos que los libres pensadores guardaron en la expresión de su pensamiento; esto explica también las medidas á medias, las vacilaciones, las transacciones de esta ilustre asamblea. Dios no estaba en sazón, como decía Camilo Desmoulins; era preciso contar con él.

¿Quiere esto decir que la Asamblea constituyente fuese religiosa, ó á lo menos, favorable al cristianismo? Un escritor demócrata lo dice; pero hay que desconfiar de los demócratas casi tanto

(1) El abad FAUCHET, *la Religión nacional*, p. 11: «Desde hace quince siglos, la religión católica es nacional en Francia. No sería tan fácil como algunos piensan el conducir á la nación francesa á un gran cambio legal en religión.»

como de los católicos; escriben la historia bajo un prisma que cambia la realidad y la transforma según sus deseos. No podemos explicarnos sino es por esta ilusión lo que Mr. Quinet dice de la Asamblea nacional. Según él, era demasiado creyente para tratar ligeramente de la fe del pasado; pretendía que el entusiasmo daba á Mirabeau el acento religioso; después exclama con el ilustre orador: «La Francia enseñará á las naciones que el Evangelio y la libertad son la base inseparable de la verdadera legislación y el fundamento eterno del estado más perfecto del género humano;» y añade «que, desde el juramento del Juego de pelota, la filosofía se hizo ante todo religiosa.» (1). Vamos á poner los hechos en el lugar de esta historia de fantasía.

Oigamos á los contemporáneos, aquellos que más apegados estaban á la religión del pasado. Un ortodoxo á la antigua tomó á su cargo la defensa del catolicismo tradicional contra el clero que se había unido á la Revolución, y defendió su causa con talento. Léese en la *cuarta carta á los ministros de la ex-Iglesia constitucional*: «Se sabe que los que conducían la primera asamblea, los Mirabeau, los Dupont, los Chapelier, los Barnave, eran incrédulos que tenían contra la religión un odio muy profundo. Se tomó la decisión de abolir la religión en Francia. De aquí esos decretos que despojan al clero de sus bienes, que destruyen las corporaciones religiosas, los monasterios, los capítulos, y que arrebatan á la Iglesia su título de religión nacional, bajo el pretexto *necciamente hipócrita* de que es por respeto á la religión.» La palabra es dura, pero es verdadera. Cuando Mirabeau fingía profundo respeto por la religión del pueblo, no decía su pensamiento. Se le atribuía una palabra que recuerda la de Voltaire: era preciso, decía, descatalogar la Francia. Que haya ó no pronunciado esas palabras, expresan ciertamente las intenciones de todos los que estaban unidos al siglo XVIII; y ¿quién no había sentido su influencia?

Conviene ante todo comprobar cuál era la opinión pública, es decir, la opinión de las clases que hicieron la Revolución. Aunque no tuviéramos testimonios, podríamos afirmar que eran hostiles al catolicismo, porque no podía ser de otro modo á

(1) QUINET, *El Cristianismo y la Revolución francesa*, páginas 335, 336.

fin de un siglo cuyo dios era Voltaire. Pero los testimonios abundan, y no elegimos los que emanan de enemigos de la religión cristiana. Léese en el *Tratado sobre el estado de los religiosos* (1), que no tan sólo se manifestaba indiferencia hacia la religión, sino también desprecio, y cosa peor todavía: «Se tiene, dice, verdadero odio á la religión católica que se la disfraza en religión tiránica y ambiciosa. Todo le es preferible, según nuestros pretendidos sabios, hasta las extravagancias de la idolatría, los delirios del mahometismo, porque se imagina que todo eso se conciliaría mejor con la libertad de que hacen su ídolo.» ¿Es cierto que se disfrazaba al catolicismo al llamarlo hostil á la Revolución? En el momento mismo en que el escritor francés se quejaba de la injusticia de esta oposición apasionada contra la religión católica, el papa celebraba un consistorio en el cual habló largamente de los males que afligían á Francia. ¿Qué dice de los principios del 89? Dice á los cardenales «que los Franceses se han dejado seducir por una vana apariencia de libertad, para hacerse los esclavos de una asamblea de filósofos, olvidando que los pueblos más felices son los que obedecen á sus reyes.» ¿Qué es en esencia la Revolución? La libertad de pensar. Y ¿qué dice el vicario infalible de Dios de esta libertad? Que es un *derecho monstruoso é insensato* (2).

¿Puede causar extrañeza que el odio aumentase? En 1792 apareció un escrito titulado: *Conjuración contra la religión católica y los soberanos*, por el autor del *Velo levantado*; en él se lee: «Nunca ha tenido la Iglesia de Jesucristo tantos enemigos que combatir á la vez. Parece como que todo el infierno se ha desencadenado para arruinarla.» Haciendo constar esos furiosos ataques, el autor se esfuerza en probar que serán vanos: «Es una empresa más loca, dice, que la de los Titanes contra el cielo, y superior á las fuerzas reunidas de todos los sitiadores.» Efectivamente eran Titanes los que asediaban al cristianismo tradicional. ¿Es cierto que el Júpiter católico les lanza sus rayos y los destruye? ¡Ay! los rayos del soberano pontífice fueron aún más vanos que los de Júpiter; sus bulas sirvieron de diversión á los pilluelos de París.

(1) Publicado en 1790, p. 7.

(2) THEINER, *Documentos inéditos respecto á los asuntos religiosos de Francia*, t. 1, p. 2 y 37.

El autor del *Velo levantado* no es feliz en sus profecías. La emprende contra los filósofos por la violencia de las pasiones anticristianas, y tiene razón: «Rugen, dice, contra los libros sagrados, sin poder arrebatarse á la Iglesia este depósito sagrado. ¿Qué ha resultado de este trabajo? Nada sino que han puesto en evidencia su odio contra la religión cristiana y la impotencia de sus esfuerzos.» Mientras que el escritor católico cantaba victoria, los legisladores revolucionarios demolian la revelación. Se ha tratado de levantar las ruinas, pero esos mismos que intentaban esta obra imposible no se atreven á reconstituir el pasado; ¿qué digo? lo rechazan: tan cierto es que el muerto está bien muerto. ¿Serán los Titanes del 92 los que le han dado el golpe de gracia?

Si el autor del *Velo levantado* hubiera estado tan tranquilo como dice respecto del resultado de la lucha, ¿hubiera lanzado un grito de alarma y llamado á todos los soberanos en apoyo del catolicismo? Una cosa cierta hay, que veía bien el peligro y apreciaba mejor las tendencias de la Revolución que los historiadores modernos: «Los filósofos, dice, quieren abolir la religión cristiana, no tan sólo en Francia, sino en la Europa entera y en el universo.» Nada más cierto y nada más lógico. El autor tiene también razón cuando añade «que á la religión cristiana es únicamente á quien odian, que para destruirla trastornan la Francia.» No es que se satisficieran con esas ruinas; si hacían una guerra á muerte al cristianismo, era más bien como medio que como fin. Nuestro celoso católico mismo lo comprueba. La gran censura que los filósofos y los revolucionarios hacían á la religión cristiana «era que no podía conformarse con la constitución;» hé aquí por qué «el nombre de Jesucristo les era tan odioso como el del rey.» Ciertamente hacían mal en tomarla con Jesucristo. Pero ¿de quién era la culpa sino de aquellos que habían desfigurado y alterado la religión de Cristo hasta el punto de que nadie la conociera? Por otra parte, había en esas vivas aspiraciones del porvenir, en esta reprobación apasionada del pasado, un sentimiento muy justo. La religión del porvenir no puede ser la de hace diez y ocho siglos; si debe guiar á la humanidad, debe también salir de sus entrañas. Los filósofos y los revolucionarios hacían, pues, muy bien queriendo, como dice nuestro autor, «que el pueblo francés concentrarse en sus ma-